

Alberto Di Lollo



Niño de la mano de su padre en el centro de recepción de refugiados en Presevo (Serbia), junto a la frontera con Macedonia

El niño que falta en nuestros belenes

La Navidad de la Biblia, de la tradición cristiana, de los cuentos y de los sueños, siempre nos ha dejado una imagen, y es la que vemos reflejada en cualquiera de los belenes que se ponen en nuestras plazas, colegios, casas, iglesias. En ellos se amontonan ese periplo de personajes tan queridos y añorados para nosotros cada año por estas fechas: los ángeles, los pastores, los Reyes Magos, el rey Herodes, Belén como la ciudad de todos esos acontecimientos, y allá en las afueras, con los animales como única compañía: el pesebre. Él único, el último, el recóndito lugar que a nuestro Dios le dejamos para poder venir a este mundo y atar su destino con el de todos los desgraciados y descartados de nuestra historia.

Pues bien, en un pesebre semejante, o más crudo, vivirán unas navidades más miles y miles de refugiados y migrantes. Familias enteras que huyendo de la guerra, la miseria o la falta de oportunidades, cuando lleguen y llamen a nuestra puerta, les repetiremos aquello del Evangelio de la infancia de Jesús: «Aquí no hay posada para vosotros». Ni siquiera para los 17.000 a los que desde hace dos años nuestro país prometió que sí, que los acogiera.

En septiembre del 2015 pensamos que la muerte de aquel santo inocen-

▼ No pega bien con estas fechas juntar la imagen de la Sagrada Familia de nuestros nacimientos a la de las pobres criaturas migrantes y refugiadas de la mano de sus padres, pero no podemos vaciarnos de la responsabilidad sobre la situación de nuestro prójimo

te refugiado, el pequeño Aylan, había logrado despertar de golpe la compasión de Europa cambiando incluso el discurso político: la generosidad de muchos países se disparó y, como si de una subasta se tratara, unos y otros pujaban por llevarse algunos refugiados más: «pues yo recibiré a 7.000 más», «y yo a otros 15.000», y «yo más...». Las grandes ciudades europeas no tardaron en engalanarse para el recibimiento de sus invitados: carteles de bienvenida, instituciones públicas volcadas con el tema, declaraciones políticas de todos los partidos apoyando la jugada, miles de familias dispuestas a estrecharse en casa para acoger a algún refugiado, ejércitos de personas voluntarias que se preparaban para servir de intérpretes, ayudarlos en sus trámites burocráticos y legales, alfabetizarlos en nuestra lengua, integrarlos en nuestra cultura... Todo parecía tan bonito y esperanzador, que hasta los cuentos

más hermosos y antiguos se quedaban cortos a la hora de recrear ese valor tan navideño de la hospitalidad y la acogida.

Pero pasó el tiempo y el desenlace fue otro. Como tantos propósitos que año tras año hacemos ante el niño Jesús, para ser buenos y recibir muchos regalos, también este quedó en eso, en un permanente cartel que aún adorna la fachada de alguno de nuestros ayuntamientos diciendo: *Welcome refugees*, sin que a ellos los hayamos llegado a ver.

El mismo frío, el mismo rechazo

Estas navidades del 2017 nuestros queridos refugiados no ocuparán tantos titulares mediáticos, ni portadas de los periódicos, ni minutos en los telediarios. Pero ahí siguen, en Lesbos, en Ceuta, en Melilla, en Serbia, en Turquía, en Lampedusa, en Sicilia y en tantos y tantos otros puntos de nuestras costas europeas. Siguen vivien-

do en las mismas o más deterioradas condiciones infrahumanas que ya padecían, pasando frío, arrastrando barro, malcomiendo y malvistiendo, hacinados en barracones de madera, tiendas de campaña o cabañas fabricadas con cartones o cuatro plásticos.

Este pobre portal, no el de Belén, sino el de Europa, es el que quiere retratar la exposición que tenemos en nuestra parroquia de San Francisco Javier y San Luis Gonzaga del barrio de la Ventilla, en Madrid: *Las navidades de los otros pueblos*. En las 23 o 24 fotos que se exponen no aparecen ni los adornos navideños de sus países de procedencia, ni las letras de sus villancicos, ni los dulces de sus comidas. Y, sin embargo, el centro de casi todas ellas, como en nuestros belenes, es el niño. Sí, niños como el adorable de nuestros nacimientos, pero desnudos como él, reflejando en su rostro la misma hambre, el mismo frío, el mismo cansancio, la misma enemistad o rechazo que el hijo de Dios sufriera en Belén.

Tal vez, puede pensarse que se trata de una exposición cínica y de mal gusto para las fiestas que se aproximan. No pega bien con la alegría y glamour de estas fechas juntar la imagen de la Sagrada Familia a la de estas pobres criaturas migrantes y refugiadas de la mano de sus padres. Al fin y al cabo, siempre resuena en nosotros aquello de que una cosa es la fe y otra la desgraciada realidad que le toca vivir a mucha gente. Y entonces, y más en Navidad, nos sale el rosario entero de jaculatorias: «Pobrecitos, pobres criaturas, qué lástima, qué puedo hacer yo por ellos...». Para terminar, si seguimos tirando del hilo, en aquello de «yo no he hecho nada para que esta gente esté en esta situación». Pero justo ahí es donde está el problema del virus que nuestra cultura nos inocula: vaciarnos de la responsabilidad sobre la situación de nuestro prójimo migrante, hasta el punto de hacernos pensar solamente en nosotros mismos, en nuestros problemas, en nuestras necesidades y caprichos.

Salir de esta «pompa de jabón de la comodidad», como designaba el Papa a nuestro modo de vida occidental, no es fácil. Propongo para ello una buena dieta espiritual para este tiempo navideño: colocar la foto de un niño refugiado o migrante como las que aparecen en la exposición en nuestros belenes estáticos o vivientes, en nuestras Eucaristías, en nuestras reuniones familiares, en nuestras tarjetas de felicitación, en nuestras opíparas comidas, en nuestras montañas de regalos, en la pantalla de nuestro móvil, iPad u ordenador. ¡Cuánto azúcar y cuánta tontería se nos desprendería del alma y del cuerpo al expresarnos estos días aquello de: «Feliz Navidad y próspero año nuevo»!

Seve Lázaro Pérez, SJ

Párroco de San Francisco Javier y San Luis Gonzaga, Madrid, que acoge hasta el 14 de enero la exposición *Las Navidades de los otros pueblos*